

Sobre redes apostólicas y otros desafíos de la misión educativa de la Compañía de María

María Isabel Remy Simatovic*



Las Compañía de María me invita a reflexionar, y me siento honrada y agradecida por ello, sobre los desafíos de su misión educativa, renovados a la luz de su XV Capítulo General (Roma 2003).

El documento ubica a la institución directamente ante desafíos de siglo XXI, los de la interculturalidad, la integración, las redes; los de un mundo marcado por interrelaciones, crecientemente dinámicas. Pero que carga, y hasta acrecienta, los problemas irresueltos del siglo XX; los de la desigualdad, la pobreza, la violencia. ¿Cómo ubicarse ante una realidad crecientemente fluida, contradictoria, y actuar desde ella con “pasión evangelizadora”?

La primera respuesta del Capítulo General, es no eludirla, no encerrarse en algunas certezas, sino enfrentarla; con un realismo y con optimismo. “Mirar la realidad del mundo con los ojos de Dios”, es una invitación a profundizar en realidades densas, en las vivencias reales de las personas, “en la noche” del desarraigo, la exclusión, la pobreza y encontrar las razones del optimismo, en las luces que también las personas producen: los avances de la ciencia, la solidaridad, la generosidad, los movimientos por la paz. La invitación a ubicarse en este mundo fluido, globalizado, es descarnada y profundamente humanista.

La invocación no es gratuita. Recoge la tradición humanista abierta por la fundadora de la Compañía de María y por Ignacio de Loyola, ambos ubicados también en un mundo de grandes transformaciones y pocas certezas. Hoy, sin embargo, retomar el reto de profundizar en lo contradictorio de la realidad que nos rodea, en sus luces sin dejar de mirar sus sombras, requiere de un esfuerzo consciente y renovado. Las tecnologías de la información y la comunicación convierten muchas veces el dolor, el sufrimiento, en espectáculo; una guerra, como la de Iraq, con cobertura en vivo y en directo, deviene una imagen tan real o tan ficticia como la de una película en el canal de cable vecino; rutiniza el horror. Informa; pero produce la distancia del “espectador”, para quien la realidad no es la guerra, sino el televisor y el control remoto con el que

* Investigadora Asociada del Instituto de Estudios Peruanos, Lima (Perú) y Coordinadora del Programa “Siembra Democracia – Fondo para el fortalecimiento democrático en el Perú”.

puede “optar”. Profundizar en el mundo y no detenerse en su superficie, en sus imágenes es hoy, más que nunca, una exigencia de quienes tienen un mandato de acción.

Esa es quizás la segunda pista: el documento invita a actuar. Desde varios mensajes, el documento plantea que la “mirada” no es contemplativa, sino comprometida en la acción; en una acción de cambio. Ello es muy claro en el segundo desafío que levanta el Capítulo General, “Potenciar una educación que ayude a las personas a crecer en todo lo que son y a comprometerse en la transformación de la realidad”. El desafío no carece de interés en una realidad mundial como la actual de la que se ha dicho que es “el fin de la historia”; que no hay otra cosa que esperar, sino adaptaciones en un presente sin cambios. Para el Capítulo General de la Compañía de María, lo realista en una perspectiva humanista, es saber que la realidad puede ser transformada; que las personas pueden transformarse, crecer; y transformar su entorno. La mirada a la realidad de “la noche” produce descontento, necesidad de cambio. La mirada hacia las luces, muestra nuevas pistas y nuevos caminos.

Varios desafíos actuales, contemporáneos, nuevos, productos de la globalización aparecen en el documento; varios de ellos se ubican en el gran desafío de “recorrer caminos de cuerpo universal, con otros y otras”. Uno es el del reconocimiento de la diversidad y la pluralidad como un valor, y que sólo desde ese reconocimiento es posible un proyecto común. La valoración de la diversidad nos viene de un mundo crecientemente interrelacionado y que tiene el sello de los grandes desplazamientos. Sea por la terrible experiencia de los desplazados por situaciones de conflictos armados, sea por los millones de hombres y mujeres que desde diferentes lugares del planeta, del África, de América Latina, del Asia, de Europa del este, toman la decisión de dejar su país, sus vínculos directos, sus raíces, y buscar un destino diferente en otra parte del mundo. Escribo desde un país, el Perú, donde el 70% de las personas responde que migraría si tuviera la oportunidad o los recursos, y algunos millones ya lo han hecho. Pero si bien ha habido otros momentos de la historia donde se han producido grandes desplazamientos de poblaciones y encuentros de culturas diversas, éste que nos toca vivir, después de mucho tiempo, y muchas guerras y mucha intolerancia, empieza a valorar la diversidad y esa es una de las luces de nuestro tiempo. Somos un mundo intercultural; no sólo multicultural (siempre lo hemos sido), sino nutrido de relaciones e intercambios múltiples, y nuestras diversas identidades van transformándose en este intercambio. Si la diversidad étnica fue motivo de destrucción, desde la dominación y el genocidio de los pueblos indígenas de nuestra América, la esclavitud sin nombre de los pueblos del África, el aniquilamiento de judíos, gitanos y otros pueblos en la segunda guerra mundial, hoy puede ser fuente de

nuevos acuerdos, respetuosos, y de un enriquecimiento de nuestras sociedades. Pero todavía tiene riesgos; aún resulta difícil construir proyectos comunes entre personas diversas y poderes tradicionales, inercias, intereses bélicos, afanes de dominación, atentan contra este nuevo aprendizaje. Afirmar la diversidad desde proyectos educativos es afirmar las posibilidades, abiertas pero aún no seguras, de una humanidad que se enriquece por múltiples experiencias.

Así como aprender a actuar en diversidad, sin pretender homogeneizar al resto sino valorando la diferencia, un segundo desafío lo constituye el aprender a actuar en red. “Buscar nuevas formas de solidaridad en el Cuerpo Universal, estableciendo redes entre proyectos apostólicos, cuidando la comunicación, promoviendo el intercambio entre personas, bienes, recursos y experiencias”, se propone como orientador de acciones futuras.

El teórico de la “Era de la Información”, Manuel Castells, enfatiza como punto central de las transformaciones contemporáneas la construcción de redes. Efectivamente, las estructuras en red potencian lo múltiple. Cuando actuamos en redes, actuamos en estructuras altamente flexibles. Eso quiere decir, que dejamos de lado estructuras jerárquicas, piramidales, para la transmisión de la información, y ésta circula homogéneamente entre todos. Las nuevas tecnologías de comunicación e información, sustentan estas estructuras nuevas, flexibles, en las que las interacciones ya no están limitadas por el espacio; las redes rompen aislamientos y permiten comunicar ideas y, sobre todo experiencias. La posibilidad de aprender de otros, eventualmente muy distantes, es otra de las luces de nuestro tiempo y permiten, como señala el documento, descubrir y explotar las riquezas de la universalidad. La red supone autonomía de los núcleos e interacción. Tiene el enorme potencial de integrar sin disolver diferencias y más bien aprovechándolas; permite organizar acciones simultáneas y comunicar resultados.

Sus grandes potencialidades requieren, sin embargo, esfuerzos y por eso son un desafío. En primer lugar, suponen abandonar inercias de controles jerárquicos y eso no siempre es fácil. Muchas personas prefieren tener un lugar preestablecido en una estructura en la que otros determinan lo que está bien o es bueno. Muchas personas están habituadas a tutelar a otras. Las redes, el mundo de la horizontalidad, de la comunicación que tiene sólo el límite que uno de imponga, requieren de libertad y flexibilidad personales y la libertad, la horizontalidad y la flexibilidad no han sido prácticas habituales. Pero además, para que la información que circula sea potencializada, requieren esfuerzos de procesamientos colectivos. El riesgo de individualización en red es muy grande; el individuo en red puede perder vínculos con

comunidades reales en función de comunidades virtuales, menos exigentes, menos cuestionantes. El desafío no es tanto organizar redes; el desafío es aprender a ser comunidad en el mundo abierto de las redes; sin perder la enorme potencialidad de intercambios que ellas abren, y sin perder el contacto humano real y la definición de objetivos comunes que permiten convertirlas en un instrumento para fines mayores.

Un mundo cambiando aceleradamente, con valores nuevos que aún tienen que ser integrados y convertidos en nuevas prácticas y, sobre todo, en nuevas actitudes, con retos de profesionalidad nuevos y cambiantes y exigencias de adaptación y de reciclaje continuos, sobre todo para quienes toman en sus manos la formación de jóvenes que verán aún nuevos cambios y portan ya nuevas sensibilidades, es el terreno que enfrentó, sin eludirlo, el primer Capítulo General del siglo XXI de la Compañía de María. Un momento histórico como el que vivió Juana de Lestonnac, hace cuatro siglos, el primer gran momento de universalización. Quizás por ello, a diferencia de otras asociaciones de religiosos y religiosas, su tradición puede seguir nutriendo nuevas reflexiones. Al ubicarse en la educación, tiene el desafío de apostar al futuro, a generaciones que aún jugarán su propio partido y que tendrán en sus manos el administrar lo que este momento de cambios vaya decantando. En ese territorio tan móvil, entre un presente con pocas certezas y un futuro difícil de prever, las opciones que ha tomado el Capítulo General, la de no perder la mirada humana, sobre el mundo por contradictorio que sea, la de no contentarse con la situación presente y seguir animando y preparando cambio, la de aprender a construir en diversidad y la de abrirse a nuevas estructuras flexibles rompiendo aislamientos, parecen las buenas pistas; los desafíos que vale la pena enfrentar